

# REVISTA GADITANA.

## Número 18.

### DE LOS INTERESES MORALES Y MATERIALES, Y DE SU RELACION CON LAS CUESTIONES POLITICAS.

Defender con teson y con perseverancia los verdaderos intereses de los pueblos, es empresa mas ardua y dificultosa de lo que á primera vista parece. Y no hablamos de los intereses políticos que son sin duda alguna muy importantes; pero estraños al objeto de nuestra *Revista*. Hablamos de otros que sin escitar tormentas parecidas á las que tienen su origen en la diversidad de las doctrinas, y el choque de las convicciones sobre materias de gobierno, tienen un enlace mas estrecho, y sobre todo mas permanente con el bienestar y la dicha de los hombres. Hablamos de los intereses morales y materiales de las Naciones.

Las opiniones se modifican y se confunden, los partidos pasan, los gobiernos desaparecen, las pasiones politicas se calman, y las antiguas discordias se sosiegan; pero los intereses son duraderos y la tendencia de la humanidad hácia las mejoras y adelantos morales es eterna.

Las cuestiones politicas son mas estreptosas sin duda alguna, mas apasionadas, mas dramáticas, si se nos permite usar de esta palabra: porque esas cuestiones se personifican: y desde el punto en que se mezclan los nombres propios con las doctrinas y con los principios, las luchas politicas se encienden con el pábulo que les dá el amor propio, y arden con el fuego de la envidia

o del entusiasmo, de la enemistad ó del afecto, de la gratitud ó del resentimiento.

El pueblo de Atenas asiste á las grandes contiendas de Aristides y de Temístocles como pudiera asistir á un drama de Eschilo ó de Sófocles: pero á un drama en que es actor, en que le mueven el interés personal y la pasion del patriotismo, á un drama en que están todas sus pasiones en juego, comenzando por la susceptibilidad del amor propio y concluyendo por las mas sagradas convicciones del alma humana.

Focion y Demóstenes, el hombre de estado y el orador, el patricio precavido y prudente y el politico audaz y enérgico son tambien actores en una lucha terrible: lucha que ha de decidir el pueblo y que el pueblo presencia, siendo á un mismo tiempo el juez que ha de fallarla en semejante litigio, el testigo, á cuya conciencia y á cuyo testimonio apelan ambas partes, y el reo que ha de recoger los beneficios de una decision acertada, ó sobre quien han de pesar las consecuencias funestas de un error deplorable. El cadáver de Lucrecia sirve de estímulo á los romanos, abrumados por la tiranía de Tarquino, y los Cónsules y el Senado heredan el poder de los Reyes. La voz de un tribuno, de Graco, conmueve al pueblo, le agita, le trastorna, le seduce, y un patricio, Scipion Nasica, impone silencio eterno con su puñal, al atrevido orador de la democracia. Sucede á la

República romana el Imperio, al reinado de Tiberio sigue el de Calígula, al de Claudio, el de Neron, una serie de monstruos que parecen renacer de sus propias cenizas como el Fénix.

¿Y qué nos quedan de estas luchas políticas, de estas grandes y ruidosas revoluciones de los imperios? Qué nos queda de Temistocles, ni de Focion, ni de la muerte de Lucrecia, ni del asesinato de César? Algunas bellas páginas de la historia, escritas por la pluma de Tucídides ó de Tito Livio, ó de Plutarco. ¡Alguna estatua mutilada! ¡Algun hermoso cuadro del Ticiano ó de David! ¡Algun motivo para amargas reflexiones sobre la inestabilidad de las cosas humanas, sobre la ingratitud de los pueblos, ó la fortuna de los imperios!! ¡Algun escarmiento estéril! ¡Algun lugar comun para los retóricos y los declamadores!

Pero un portugues atrevido, Vasco de Gama, dobla el Cabo de Buena Esperanza y encuentra el camino de las Indias. ¡Qué verdadera revolucion la que acaece á consecuencia de este viage en la suerte de los pueblos, en la condicion de los hombres, en los destinos de la humanidad! ¡Qué revolucion tan sólida, tan permanente, tan profunda!

¡Estados que nada eran poco ántes, se enriquecen, se agrandan, ven por dias aumentado su poder, su influencia, el prestigio de su nombre! ¡Estados que eran mucho, desaparecen y se hunden en el olvido, como si la mano de Dios los hubiese borrado de la historia! ¡Así es como el Portugal llega á ser un gran Reino! ¡Así es como el Egipto, la patria de los Faraones, de los Ptolomeos, de los Soldanes, llega á ser un pais desconocido y subyugado!

Cada dia vemos en los periódicos, en las revistas, en los discursos de los tribunas parlamentarias, noticias, datos, ideas, reflexiones, sobre el poder de Me-

hemet-Ali, sobre su ambicion, sobre sus proyectos, sobre su lucha con los sultanes de Constantinopla, sobre los planes de la Inglaterra, las miras de la Francia, los intereses del Austria y de la Rusia, la conflagracion, el incendio que amenaza, no á la Europa, al mundo entero. ¿Sabeis cuales el gran interes que se oculta debajo de tantas intrigas, de tantas negociaciones diplomáticas, de tantos preparativos guerreros? ¿Sabeis el gran proyecto que tiene conmovidos á tantos gobiernos, á tantas naciones? Se trata de deshacer la gran obra del portugues Vasco de Gama; se trata de anular su inmortal descubrimiento, y de abrir de nuevo por el Mediterráneo, el Nilo y el Mar Rojo el camino de la India.

¡Y el Oriente entero se arma en masa y se precipita sobre los campos de batalla, como si aquellas Naciones quisieran disputarse entre sí la honra de levantar una muralla invencible entre la Europa y los tesoros de la India y del Asia! ¡Y las Naciones Europeas se preparan, y se vigilan, y se envidian, y se odian como aves de rapiña dispuestas á caer sobre una gran presa! ¡Y cada una se dispone á ser la primera que ponga su mano sobre aquella joya de valor incalculable: sobre aquel tesoro tan codiciado! ¡Y pasarán años y años acaso siglos, ántes de que llegue á anularse la obra del Portugues Vasco de Gama y de que los buques Europeos olviden el camino del Cabo de Buena Esperanza!!

Y sin embargo, Vasco de Gama no era un Monarca cuya frente estuviese ceñida con poderosa y brillante corona. No era un tribuno cuya voz hubiese hallado el secreto de poner en movimiento y dominar las pasiones de la democracia. Era un navegante y nada mas. Pero su viage puso al alcance de las mas modestas fortunas, las telas, las preseas, los perfumes que eran ántes el distintivo y la gala de los Príncipes: produjo un gran cambio en los usos

y las costumbres de la Europa: dió un impulso imprevisto al comercio: cambió á un tiempo el equilibrio de las gerarquías sociales y el equilibrio de los estados! Y todo esto solo con descubrir un medio de comunicacion!!! solo con un viage!!!

Otro tanto ó mas podríamos decir de Colon: ¡qué no pudieramos añadir de Wurtemberg, de Watt, y otros autores de descubrimientos importantísimos!!

Los partidos políticos ponen toda su atención en las constituciones: los legisladores convencidos de su importancia, suelen decretar su eternidad. ¡Declaran inviolable, inalterable su propia obra! ¡Desgraciado el que ose tocar al recinto sagrado de las constituciones!!

No es nuestro ánimo rebajar en un solo punto su importancia, ni mucho ménos entrar á discutir sus principios: pero si el fanatismo de los partidos llegara á calmarse, si las pasiones políticas enmudecieran y en medio del silencio y de la calma de las facciones y de las pandillas se hiciese alguna modificación en el código constitucional de una nación cualquiera, en Inglaterra ó en Francia, por ejemplo: si se alterasen de cualquier manera las atribuciones de los diversos poderes ensanchando el poder Real, ó bien la influencia democrática, si se modificase algún artículo relativo á las atribuciones del Parlamento ó á las prerrogativas de la Corona, ¿quién puede creer que esa sola mudanza influyese directamente ni en el bienestar material de los súbditos, ni en la dignidad moral, no ménos atendible, de los ciudadanos? ¿Y si durara la calma de las pasiones, y el silencio de los partidos cuanto no tardaría en enterarse de semejante variación el mayor número de los habitantes de aquel país?

¡Cuán pocos son los que aprecian la importancia de los códigos civiles, aun entre los mismos que saben respetar la inviolabilidad de las leyes políticas! ¡Nadie ha pensado nunca en hacer inmutables

los artículos de un código civil! Y sin embargo, si un legislador tuviese la temeridad de alterar algunos de ellos ¿qué resultados tan rápidos, tan momentáneos, tan palpables y tan capaces de influir en el bienestar de los individuos? Supónganse por un solo momento alteradas las leyes que rigen la distribución de la propiedad, de su transmisión, el orden de las herencias, las relaciones de las personas, los lazos de las familias, el matrimonio, la paternidad!! ¡Quién tardaría un solo instante en percibir y aun en sentir en su propia persona los resultados de semejantes cambios! ¿Quién no tendría que sentir los goces de una ventaja importante, ó los tormentos de una pérdida estimada en mucho? ¡Y todo esto sin que fuera preciso que las pasiones abultasen la realidad, sin que los partidos (porque solo hay partidos para la política, y no para los institucionales de mayor importancia social) publicasen las mudanzas recientes con sus cien sonoras trompetas!!

Negar la importancia estremadísima de las cuestiones políticas sería el mayor de los desacuerdos; pero generalmente se desconoce por mas que se haya dicho y repetido cien veces en lo que esa importancia estriba. Es grande su trascendencia, porque cada una de ellas lleva en su seno el germen de mil cuestiones sociales, y de mil intereses importantísimos del orden material ó moral.

Las cuestiones políticas son para los partidos cuestiones de nombres propios, de pasiones y de orgullo: son para el historiador el origen de nobles hechos y de estravios lamentables: para los pueblos solo son por lo general un tormento y un azote: para el filósofo son una fórmula que envuelve mil ideas, mil sentimientos y mil intereses desconocidos ú olvidados por los partidos, desconocidos tambien ó poco apreciados por la generalidad de los historiadores, que el pueblo ignora en la

mayor parte de las ocasiones, y solo adivina á veces por virtud de un instinto superior á la ciencia de los sabios y de los publicistas. Toda cuestion política, necesario es repetirlo, encierra en sí la solucion de mil cuestiones de interes material ó moral, y en eso es en lo que su importancia consiste.

Examinense (para buscar un ejemplo ageno de las pasiones de nuestros partidos, con los que siempre huirán de rozarse los escritores de la *Revista*) examínense las cuestiones vitales de la política inglesa. Recientes son los excesos de los cartistas; de esa secta nueva, que con su Evangelio democrático en la mano ha declarado una guerra de muerte á la antigua constitucion de Inglaterra. ¿Qué artículos han escrito esos sectarios en la *Carta*, que ellos llaman la *Carta del pueblo*? ¿Han escrito el sufragio universal, la eligibilidad sin restricciones, el parlamento anual, el voto secreto &c. y en nombre de estas teorías políticas, una parte considerable de John Bull, ha jurado un odio eterno al antiguo pacto de Runing-Mead sancionado por tantos siglos de prosperidad y de grandeza!!

Aplicando ahora á este hecho particular lo que hemos asegurado generalmente de todas las cuestiones de la misma especie, ¿qué es para los partidos y para los ambiciosos esta *Carta del pueblo*? Es una bandera de combate, que miran unos y otros con los mismos sentimientos en el corazon, y que saludan con las mismas pasiones, con el mismo entusiasmo, ó el mismo encono con que suelen mirar y saludar los guerreros el estandarte de las batallas. Es tambien un combustible nuevo, apetecido y necesario para sostener el fuego de las contiendas parlamentarias.

¿Qué será para los historiadores? Un Tito Livio ingles de la opinion Tory referirá como las ideas democráticas del pre-

sente siglo, dando de sí el fruto que de ellas debe aguardarse en todos tiempos, pusieron las armas en manos de unos sectarios fanáticos, que renegando de la obediencia debida á su Rey, á la Iglesia establecida, y á las leyes, pusieron al país á un palmo de su ruina.

Algun Salustio Británico, perteneciente al bando Whig, afirmará por el contrario, que la obstinacion temeraria de una parte de la aristocrácia inglesa, empeñada en resistir al impulso del siglo, llegó á irritar de tal suerte á las clases mas numerosas de la nacion, que convirtiéndose en rebelion armada lo que debiera ser resistencia legal y pacífica, estuvo á punto el país de sufrir los horrores de una contienda encarnizada, consecuencia natural y tristísima del orgullo y de la tenacidad de sus magnates. Añadirán algunas reflexiones sobre los desórdenes de Birmingham ó de Newport, consagrarán algunas páginas á referir las agitadas escenas de los *meetings* y los procedimientos criminales seguidos contra los gefes de la insurreccion.

Y ¿qué es la *Carta* de los novadores tan distinta del grande y antiguo pacto de Juan Sin-Tierra y de la declaracion de derecho de Guillermo de Orange para el pueblo ingles? El pueblo ingles, lleno de orgullo con los antiguos recuerdos de su nacion y con su presente grandeza y prosperidad, cubierto de humillacion al mismo tiempo y de miseria en sus clases mas numerosas, busca el remedio de sus males en la reforma de envejecidos abusos, y mira con desconfianza y con terror á los atrevidos novadores que se han puesto en campaña contra las antiguas y venerables instituciones de Albion, origen respetable de su maravillosa opulencia.

Pero á quien sepa comprender el enlace íntimo y profundo de las cuestiones sociales con las políticas, á quien no vea en las discusiones sobre materias de gobierno un es-

cabel para su ambicion, ni el alimento de estériles y tremendas pasiones; sino el medio indirecto de asegurar una solucion favorable entre mil intereses distintos que pugnan entre sí, no le será dificultoso comprender que no es la anualidad del parlamento, ni el derecho de votar lo que el pueblo desea, ni el verdadero origen de las simpatias mas ó ménos estensas y poderosas que encuentra la bandera de los novadores cartistas; sino que bajo de esas pretensiones se ocultan otras de mayor monta: bajo el velo de lo que quieren los ambiciosos, se encubre lo que desea la multitud: bajo la cuestion de formas políticas, se esconden mil intereses materiales y morales, mil leyes civiles y económicas: un sistema entero de sociabilidad, para decirlo todo en una palabra.

Las leyes relativas al diezmo, esa gran dificultad de todos los reformadores de nuestro siglo, ese gran enigma propuesto por la *esfinge* de la revolucion á todos los gobiernos y todos los legisladores de la Europa moderna: las leyes de pobres, esa llaga de la Inglaterra, esa gran limosna que saca la aristocrácia inglesa del bolsillo de las clases medias, para apaciguar con ella el descontento y la irritacion de la multitud: las leyes de cereales, ese impuesto pesadísimo y disimulado levantado tambien en favor de la aristocrácia territorial y que es al par el mas claro testimonio de su antigua opulencia, y acaso el mejor cimiento para un pacto de alianza entre la democrácia rica y la democrácia proletaria; tales son, entre otras mil, las cuestiones que ha de resolver tarde ó temprano el Parlamento del Reino-Unido: del triunfo de los cartistas resultaria una solucion completamente democrática y niveladora de esas cuestiones tan intimamente enlazadas con el bienestar material de los pueblos.

Recientes son los debates que ocasionó el proyecto de reforma parlamentaria por espacio de medio siglo: cincuenta años de

debates y el ejemplo poderoso de una Nacion vecina, fueron necesarios para resolver una cuestion que en otro pais, donde se tuviera ménos inteligencia en materias de política y de gobierno, se hubiera decidido probablemente en el transcurso de pocos meses. ¿Tanto importaba privar del privilegio electoral á algunos pueblos mas distinguidos por sus recuerdos históricos que por su poblacion, ni por su riqueza? ¿Tanto importaba dar la uniformidad del derecho á lo que habia tenido hasta entónces la forma y la tendencia de un privilegio? ¿Tanto importaba regularizar y ordenar los escrutinios electorales? No era solo de un natural deseo de uniformidad y de justicia de lo que nacia el empeño de los reformadores ingleses y la obstinada resistencia de sus adversarios. La decision de todas las grandes cuestiones de interes material que ya hemos mencionado, de algunas mas que han sido resueltas despues de la aprobacion del bill de reforma, y de otras muchas que quedan por resolver, dependia en gran manera de la organizacion parlamentaria. El influjo omnipotente de los Lores temporales y espirituales de la cámara alta, hubiera favorecido los intereses de la aristocrácia territorial y de la iglesia establecida. El triunfo de las teorías ultra-democráticas de las radicales, hubiese inclinado la balanza en las cuestiones mas importantes del lado de los proletarios y de los obreros. El sistema de los whigs liberales y el bill de Lord J. Russel; ha asegurado por mucho tiempo el predominio comercial é industrial de las clases medias, y por mas que las tendencias conservadoras de la alta cámara sirvan de obtáculo á las miras de estos templados reformadores, es bien cierto, que al cabo de mil vicisitudes y mudanzas, los comunes de Inglaterra verán reconocida su preponderancia por los altos Lores del Parlamento. De este modo se enlazan con las cuestiones políticas los intereses materiales de las Naciones.

Y si se va á buscar el mismo enlace en una esfera mas elevada, en el mundo de los sentimientos y de la creencias, se verá como todos los grandes cambios que han acaecido en las ideas morales de los hombres, han venido á influir al mismo tiempo en su condicion material, en los destinos de las Naciones, y en las formas de los gobiernos.

La influencia del cristianismo en las costumbres de la sociedad, en la condicion de los hombres, en sus ideas, en su suerte, ha sido tan inmensa como provechosa. Es escusado advertir, que prescindimos del carácter divino de esta religion, para ocuparnos únicamente de su tendencia humana y civilizadora. Su divino fundador anunció, que su reinado no era de este mundo; y dejó siempre á un lado las cuestiones políticas, y los intereses mundanos, para establecer su imperio sobre las almas. Apesar de las grandes cuestiones que tanto han dado que pensar y que decir, á pesar de Bossuet y de Lammennais, el cristianismo no es una doctrina monárquica, ni una doctrina republicana, no es una religion favorable al derecho divino de los monarcas, ni á los derechos eternos de los pueblos. Cuantas teorías políticas quieran fundarse directamente sobre las testos del Evangelio, serán otras tantas teorías arbitrarias é infundadas.

¿Ha dejado por eso de ser grandísima la influencia social del Evangelio? Todo lo contrario. ¿Si lo hubiera asociado su divino autor á un pensamiento monárquico ó republicano, solo la mano del mismo Dios hubiera podido libertarle del abismo en que se sepultan sucesivamente todas las doctrinas, y todos los sistemas políticos, al par de todos los gobiernos humanos!

Hacer una revolucion en nombre de una doctrina política, ó de un nombre propio, puede ser la mision de un tribuno turbulento, ó de un militar atrevido.

Mision brillante; tal vez, y popular; pero obra pasagera y efimera, que en una revolucion tuvo origen y á que otra revolucion dará término.

Dar por cimiento á una revolucion social, esto es material, moral, y política al mismo tiempo, no el momentáneo entusiasmo de los partidos, ni la rápida inestabilidad de las opiniones, ni tan solo las creencias profundas del alma, sino tambien los sentimientos mas arraigados en el corazon, esa no es la obra de un tribuno, ni es la obra de un guerrero; ni la de un gobierno, ni la de un pueblo; no puede ser sino la obra de Dios.

Recuérdese la postracion de las Naciones antiguas, detenidas en el curso de la civilizacion por el influjo invencible del gentilismo; detenidas en ese camino donde el progreso es una necesidad y donde la detencion es la muerte. Recuérdense las plagas morales de un egoismo infame, peligroso y funesto en sus resultados para los fuertes; para los magnates, para los Señores, para los hombres; cruel y mortal para los debiles; para el pueblo, para los esclavos, para las mugeres. Recuérdense los viles deleites que enervaban el corazon, destruyendo en él el germen de todos los sentimientos generosos y nobles: que enervaban el alma enmoheciendo los resortes de todas las acciones grandes y sublimes. Recuérdense la crueldad y la pureza que corrompiendo la moral se traslucian en las costumbres, en los espectáculos, en la política, y en las relaciones de pueblo á pueblo, y de individuo á individuo. Tráigase á la memoria sobre todo, la esclavitud, úlcera de los pueblos antiguos, barrera de sus progresos, origen de su decadencia y de su ruina; y despues de haber reflexionado sobre tantas causas de corrupcion y de muerte, despues de haber puesto la atencion en los vicios y peligros de las sociedades paganas, despues de haber visto á la humanidad en camino hácia la degradacion y

la nulidad: después de haber visto abierto el sepulcro en que parecía que había de quedar sepultada, admírese el vigor de la civilización presente, y humillen los escépticos, los hombres que no creen sino en la fuerza material y que no tienen fé en el poder de las ideas, humillen los escépticos decimos su incredulidad ante el espectáculo de las Naciones modernas, regeneradas en sus costumbres, en su moral, en su política y en sus creencias.

¿Y quien ha destruido esa barrera que parecía invencible y que tenía detenida á la humanidad en el camino por donde la conducen su propio instinto y la mano de Dios, hácia la perfeccion moral é intelectual? ¿Quien ha devuelto á las almas sus creencias, al corazon sus sentimientos á las grandes acciones los impulsos en que tienen nacimiento? ¿Quien ha impuesto un freno al egoísmo de los fuertes, y aliviado y fortalecido en su abatimiento á los débiles? ¿Quien ha dulcificado los afectos naturales del hombre, y ha inspirado al débil, no el deseo de la rebelion, sino lo que es mil veces mas, el sentimiento de su propia dignidad? ¿Quien ha puesto término á la esclavitud, no con cambios repentinos, ni con teorías peligrosas, sino con blandos sentimientos y caritativas doctrinas? ¿Quien ha sacado, en fin, á la humanidad del sepulcro donde la habia hundido el gentilismo? No es la fuerza, ni es la rebelion de un pueblo, ni la voluntad de un gobierno: sino la doctrina moral de Cristo. Porque su mayor milagro no es la resurreccion de Lázaro: ¡parabola sublime, mitho prodigioso, sino la resurreccion de la humanidad!!!

A los que no tienen fé sino en la fuerza del poder, á los que dudan de las ideas, y solo ven de los sucesos la parte material y exterior, á aquellos para quienes no son el mundo y la historia sino un cuerpo sin vida, un frio cadáver, porque les está negado tener conocimiento del alma que lo alien-

ta y lo mueve; á los que no se cuidan sino de las formas exteriores, supersticiosos de la política, acaso mas intolerantes y temibles que los demas de su especie, les recomendamos el estudio, de este inmenso cambio, de esta *revolucion puramente moral*, acaecidas no por la violencia, sino por la palabra y por la persuasion en las instituciones y en las formas políticas, porque se habia verificado primero en los hábitos y en las costumbres: y en estas últimas porque siempre varian cuando han tenido variacion de antemano los sentimientos y las ideas.

El fundador del Cristianismo, con predicar la unidad de Dios y la fraternidad de los hombres, destruyó las barreras que separaban á unas Naciones de otras dentro del mundo, y á unas clases de otras dentro de la sociedad. Y con un solo dogma, con la revelacion de una sola verdad, la revolucion moral quedó cumplida, y puesta la piedra angular donde descansa el grande edificio de la civilizacion moderna.

No bastan ni con mucho estas pocas líneas que hemos escrito, para desenvolver con la estension que desearíamos y que exige una materia tan importante, las grandes y fecundas ideas que es nuestro ánimo generalizar y difundir. Pueden mirarse como una introduccion á una série de artículos que nos proponémos escribir, con el fin de esponer las principales convicciones que sirven de estímulo á nuestros trabajos, y de fundamento á nuestros escritos.

De la comparacion de las revelaciones políticas de los antiguos imperios y repúblicas, y de las consecuencias que han dejado tras de sí, con una gran revolucion material, la ocasionada por el viage de Vasco de Gama, y con otra revolucion moral de entidad infinitamente mayor, la que tuvo origen en la revelacion de Cristo, hemos procurado deducir, no que deje de ser grande la trascendencia de las primeras;

sino que es leve al lado de otras ménos estrepitosas y sangrientas, pero harto mas fecundas en permanentes resultados. Hemos tratado de probar además, que ni las cuestiones políticas son las que tienen mas estrecho enlace con el bienestar de los pueblos, ni ofrecen importancia, sino por cuanto preparan la solucion de otras de muy diversa índole como queda demostrado con el ejemplo que citamos de la Inglaterra.

Así las revoluciones políticas no son duraderas sino cuando les sirve de base una revolucion moral: no son útiles y fecundas sino cuando sirven de preparacion para un cambio en la suerte material de los pueblos. Tales son las grandes verdades que, si llegaran á difundirse, y acreditarse pondrian término á toda clase de exageraciones y á todo linage de fanatismo.

ALEJANDRO LLORENTE.

## EL CABALLERO CALABRES,

NOVELA

de Pierre Angelo Fiorentino. (1)

### II.

Comenzaban los primeros albores de la mañana cuando el pintor Calabres, saliendo de Roma por la puerta de San Juan, tomó el camino de Nápoles á todo el correr de su caballo. A verle de tal manera, con su capa entreabierta, el pecho desnudo, los cabellos que flotaban con el viento, cualquiera lo hubiera tomado por una de aquellas apariciones fantásticas que evocaban los astrólogos de su época, en el recinto del Coliseo. Caminaba, caminaba sin ce-

sar, hendía el aire con la rapidez del rayo y sepultaba sus espuelas en los hijares del pobre caballo, que no podía correr parejas con su deseo. Huía el camino bajo sus pies, los corpulentos álamos, que levantaban su copa hasta el Cielo á uno y otro lado del camino, cubiertos con su mortaja de niebla, desaparecían como una nube de polvo. Ya la ciudad de las siete colinas se había quedado atrás, sin que se hubiese dignado echar una sola mirada sobre el espectáculo magnífico de aquel inmenso campo, sembrado de ruinas. En vano la fresca y embalsamada brisa de la mañana acaricia su abrasada frente: en vano los deliciosos paisajes de Albano, de Genzano, de Velletri se desarrollan delante de él con toda la pompa de su mágica hermosura: nada alcanza á conmoerlo: no tiene mas que un pensamiento, ni mas que una idea, ni mas que un fin: necesita llegar. Arrastrado por un poder sobrehumano, atraviesa en dos horas las diez leguas de las lagunas Pontinas. El ruido sordo y prolongado de su galope, semejante al de un lejano trueno, amedrenta al campesino flaco y amarillento, que lucha con su agonía en las intermediaciones de aquellas aguas empozoñadas; pero ántes de que haya tenido tiempo de mirarle, el Calabres pasa por delante de sus ojos como una nube. El Sol se ha levantado gradualmente y recorrido su brillante carrera, sin que el precipitado viajero haya pensado en descansar un solo instante. Ha dejado atrás á Terracina, aquel espantoso nido de ladrones, y á Fonti, que sirve para defender la entrada del Reino de Nápoles con una barrera invencible, y á Ytri, aquel lugar sombrío por donde se llega á descubrir el magnífico cuadro de Nola. La noche le ha sorprendido en la orilla del mar sin detener su insensata carrera. Pasa al lado de Sessa, notable por sus torres feudales, y por delante de Santa Agata: deja tras de sí á Capua;

(1) Véase el número último de la *Revisita Gaditana*.

de gloriosa memoria. ¡Oh Dios mio! Dadle fuerzas, sostened sus miembros desfallecidos, no apaguéis su respiración oprimida porque ya distingue á Nápoles y las hogueras que lo rodean, ya va á llegar, ya llega. Estenuado su caballo, lleno de espuma, de polvo y de sangre, relincha por última vez: tiemblan bajo de él las piernas y cae. Pero la muerte del pobre animal no hace mas que quitar un obstáculo á la celeridad de su amo: hace poco corría, ahora vuela.

—¡Oh Margarita! tú no has muerto, decia el pintor llorando, por que Dios me ha permitido llegar, y si no debiese verte habria muerto eu el camino: porque Dios es bueno y no puede querer la condenacion de mi alma. Dirigióse el pintor á la puerta de San Genaro; y á no haber absorbido toda su atencion los dolorosos pensamientos que le ocupaban, habria podido observar un gran número de variaciones comenzando por los arabales; porque diez Vireyes se habian sucedido en su ausencia, y durante estos años de luchas desesperadas, y de esclavitud envilecedora, cada uno de aquellos tiranuelos subalternos queria marcar en la frente de la ciudad, con un hierro encendido, la fecha de su pasagera dominacion. Sin embargo, apesar de la exaltacion de sus pensamientos, y de la rapididad de su carrera, llamó la atencion al Calabres un estenso cercado de madera, levantado á distancia de treinta pasos de las murallas construidas por Toledo y que se prolongaba al rededor de la ciudad. Una reja no poco grosera, formada con palos clavados en forma de cruz, y embadurnada de encarnado, correspondia á cada una de las puertas que en aquella época eran veinte y seis: diez del lado de tierra y diez y seis del lado del mar.

Cerca de la reja semi-abierta, que conducia á la puerta de San Javier, estaban medio sentados, medio de pié, al rede-

dor de una gran hoguera, una docena de soldados españoles, que habiendo pasado una parte de la noche en la embriaguez, se entregaban á las dulzuras de una conversacion interminable, en la que cada cual tenia ganas desmesuradas de hablar, sin que estuviese ninguno dotado de bastante resignacion para oír. Formaba el vestido de aquellos feroces guerreros una angosta ropilla de color oscuro, cubierta de agugeros y de remiendos, y un calzon ancho, que venia á terminar donde comenzaban los botines de cuero. Una enorme espada colgaba de su cinturón y desaparecia bajo los pliegues de la capa catalana, pintorescamente colocada sobre su espalda. Un sombrero negro de anchas alas cubria con sus sombras la parte inferior de su rostro, donde se reflejaban de una manera estraña las llamas de las hogueras. Al ruido de los pasos precipitados que hacian resonar el suelo por el lado de la reja, el mas elocuente de los doce oradores, ayudado por esta providencia del instinto, que advierte del peligro que le amenaza al viagero dormido en el borde de un abismo, se puso en pié á toda prisa, acordándose confusamente de que era él quien estaba de centinela, y agarrando su enorme arcabuz pronunció, con voz de trueno, un formidable «Quien vá allá.»

—Mattia Pretti, respondió el pintor.

—No se pasa, Señor mio, añadió tranquilamente el soldado, apuntándole con aquella profunda indiferencia que caracteriza al verdadero militar.

—Yome llamo Mattia Pretti, respondió el pintor lleno de impaciencia, soy Caballero de la Orden de Malta y *lancia spezzata* de Su Santidad el Soberano Pontifice.

—¡Bravo, bravo! exclamaron en coro los otros soldados, que se habian aproximado al centinela para gozar de un espectáculo que prometia ser divertido, á poco que el viagero se obtinase.

—Oid, Señor Caballero, continuó el soldado con afectada dulzura, tened la bondad de pasar de largo, porque soy demasiado buen católico para reñir con la iglesia, y me pesaría tener que enviar al otro mundo á un Caballero de Su Santidad.

—¡Pero yo! si yo soy del reino, exclamó el Calabres con vehemencia, ¿con qué derecho me impedis que entre en la capital?

—Ya veis, mi sargento, lo que charla, dijo el soldado, dirigiéndose con aire cómico á su superior, ¿será cosa de despacharle sin indulgencia plenaria?

El sargento, chistoso y charlatan como son todos, se acercó al pintor, y despues de mirarle, comenzó á apostrofarle en estos términos, con grandes aplausos de sus subordinados.

—Vamos á ver, hijo mío, ¿de qué galera nos hemos escapado, y donde hemos robado esos hermosos vestidos, que tan mal van con vuestra traza? ¿Eres tú de la banda del famoso Martello? En ese caso, como que ya no hay necesidad de bandidos para rechazar á los franceses, bueno será que quedes bajo nuestra custodia. ¿Has salido del presidio de Prócida? En ese caso como que ya no hemos menester presidiarios para enterrar á los muertos, estamos autorizados para ponerte el grillete.

Hacia alusion el español á dos actos célebres del Conde de Castriello que ha conservado la historia para atestiguar la profunda política del Virey, mientras estuvo afligida la Capital por aquel doble azote. Durante la guerra, como no tuviese bastantes soldados para espulsar al Duque de Guisa, que se había apoderado de Castellamare, Castriello armó á los bandidos, y durante la peste, á falta de bastantes enterradores para sepultar los cadáveres puso en libertad á los presidiarios, por donde se vé que era fecunda en expedientes la imaginacion del noble Conde.

Mattia, que nada comprendia de cuanto habia dicho el sargento, viendo que toda discusion seria inutil con aquel hombre medio borracho y medio estúpido, y desesperando de luchar contra el número, se humilló á suplicar. Por otra parte, á cada minuto de tardanza podía espirar Margarita. ¡Espirar! ¡Dudando de él, de su abnegacion, de su amor!

Con voz dulce y tono de súplica, se dirigió sucesivamente á aquellos soldados que le parecian mas sensatos ó mas humanos, llegando al estremo de llorar.

—¡Dios mio! decia: ya veis Señores que no soy un malhechor, ni hombre peligroso por ningun estilo; y por otra parte, uno de vosotros puede venir conmigo y seguirme por donde yo fuere. Dejáos enternecer con mi deplorable situacion. He corrido noche y dia, he rebentado un caballo, sin descansar y sin comer por llegar algunas horas ántes. Hay en esta ciudad, cuya entrada me estorbáis, una muger que me espera, una muger á quien amo, una muger que se muere, á quien no he visto hace quince años y que no volveré á ver sino consiguen mis lágrimas enterneceros.

—Pésame por vuestros amores, respondió el español: pero si vuestra hermosa querida está cansada de este mundo, no dejará de salir de él muy acompañada. Conque así, Señor mio, basta ya de sandeces, ó mucho os esponéis á llegar ántes que ella al sepulcro.

—Por última vez os lo suplico; no me obliguéis á echar mano de un recurso desesperado, exclamó el Calabres, llevando su mano á la guarda de la espada.

—Soldados, á las armas, dijo tranquilamente el sargento haciendose atras, y que Santiago tenga compasion de su alma.

Siguió á estas palabras una descarga general; pero el Calabres habia tenido tiempo de echarse por tierra y las balas pasaron silvando por cima de su cabeza. Levantó

tóse con la rapidez del relámpago, y precipitándose sobre la tropa, atravesó de parte á parte á un soldado con su espada: arrancó de manos de otro un arcabuz, y convirtiéndolo en maza de armas, golpeó á derecha é izquierda, abriéndose paso por medio de la sangre que corría por todas partes. Habiendo escapado como por prodigio de tan terrible peligro, desapareció el pintor por entre el Dédalo de las calles estrechas y tortuosas de la antigua ciudad.

Las ventanas abiertas daban á conocer que estaban las casas inhabitadas, las plazas públicas convertidas en cementerios, estaban cubiertas de cruces, la verde yerba crecía á lo largo de las calles iluminadas con cirios, que ardian delante de las esfigies de San Cayetano, nuevo patrono que la ciudad reconocida habia añadido á San Javier, cuya sangre gloriosa no habia bastado á preservarla de la peste.

Mattia, turbado de los sucesos que acababan de sucederse con tan extraordinaria rapidez, creía estar bajo la influencia de un sueño extraño. Al volver las calles, fantasmas amenazadoras se levantaban delante de él, y parecian rechazarle con mano de hierro. Un sudor frío corría por su frente; sus miembros entumidos no tenian movimiento y poco le faltó para caer en tierra al reconocer la casa de los Caraffa, que debía habitar Margarita como viuda de un Príncipe de este nombre. Dentro de un solo segundo, del tiempo necesario para llamar, habia de saber si vivicia ó moricia. Abrióse la puerta suavemente, como si hubiera sido esperado, y una muger de edad, inclinándose hácia él, le dijo en voz baja.

—¿Sois el Caballero Calabres?

—¿Vive todavía? preguntó el pintor temblando.

—Bendito sea Dios! exclamó la vieja: seguidme, Señor: os espera.

Mattia siguió á su conductora hasta el cuarto que ocupaba Margarita. La buena dueña recorrió las celaduras con la tierna solicitud de una madre, é hizo comprender al Caballero, con un gesto espresivo, que la pobre Señora habia sucumbido bajo las fatigas de una noche llena de incertidumbre y de ansiedades. Habíase dormido sin duda, en el momento de conce-

bir alguna esperanza, porque sus mejillas estaban ligeramente encendidas, y una leve sonrisa brillaba en sus labios entreabiertos.

El pintor, oprimido por su dicha, se dejó caer de rodillas, y contempló en mudo éxtasis el rostro de su adorada Señora, de su divino modelo, de su hermosa ideal. Era aquella jóven, delante de la cual habia temblado tantas veces, eran sus cabellos dorados, su frente serena y pura: solo que el sufrimiento habia adelgazado sus mejillas, y su espalda, redondeada con gracia, lucia entónces con una blancura mas transparente y mas delicada. El Caballero se apoderó de su mano y colocó sobre ella sus trémulos labios. Estremeciése blandamente Margarita, y despertándose sin sorpresa ni asombro, le miró largo tiempo con la espresion de una dulzura inñoncebible.

—Adivinaba que estabais ahí, le dijo ella estrechando dulcemente su mano, un momento hace que os hablaba entre sueños, mi corazon no me ha engañado por esta vez. Y despues, pasando por su frente sus dedos afilados, añadió con espresion de tristeza. Pero me debéis encontrar muy vieja. Mirad: he padecido mucho desde que no nos vemos. Y sabedlo, ayer mismo me estaba muriendo; pero desde que estais aquí respiro con mas libertad, estoy mejor, conozco que la vida renace en mi pecho.

—¡Oh Margarita! dijo el pintor con voz sofocada por los sollozos, ¿es á mí, pobre desterado, á quien dirijís estas palabras de consuelo y de amor? ¿y qué he hecho para merecer tan estremada dicha? Conpadecéos de mí, Señora; no estoy acostumbrado á tanta ternura. Quince años hace que estoy de rodillas delante de vos, que sois mi ídolo, delante de vuestra hermosa imágen, que llevo grabada en mi corazon. Quince años hace que le dirijo los mas humildes ruegos, los mas tiernos suspiros; pero siempre la he visto fria é innóvil como una estatua. ¿Que ángel ha venido á referiros las angustias de mi vida errante, y desde cuando os habéis compadecido de vuestro fiel servidor?

—Pero yo, yo siempre os he amado, exclamó Margarita con voz angelical. Dios me perdonará esta confesion; porque, antes de hacerla, he esperado á que la muerte levantase mis juramentos. Tantas lágrimas han ido cayendo gota á gota sobre mi corazon, que era al cabo necesario que re-

bosase. He tardado en tener noticia de vuestro amor y de vuestros sentimientos. ¡Ay! ¿Por qué no hablastéis cuando era tiempo todavía? ¿Fué por orgullo ó por modestia? Mi tia, que os amaba como á un hijo, y es la que me ha revelado vuestros sufrimientos, no os hubiera rehusado mi mano. ¿Qué podía hacer yo, tímida doncella, para conjurar mi terrible suerte? ¡Oh, las mugeres son muy desdichadas!

—He espiado mi silencio, respondió el pintor con tristeza, á costa de tormentos tan espantosos que bien merezco que me perdonéis el mal, que sin saberlo, os he causado. Y sin embargo, Señora, vuestros son los días que me quedan, por que me habeis hecho tan dichoso que nunca, en mis sueños temerios, habian llegado tan léjos mi ambicion y mis deseos.

—Levántate, amigo mio, le dijo Margarita, acercándolo á sí, y estampando en su frente un casto beso; serémos dichosos, y derramarémos lágrimas muy dulces recordando aquellos momentos tan tristes en que llorábamos separados.

Y los dos amantes, animados por un mismo pensamiento, levantaron hacia el cielo una mirada, en que se pintaba toda la alegría de que estaban inundadas sus almas.

Pero de repente se oyó en la casa un tremendo rumor. Resonaron los salones bajo la culata de los fusiles, y ántes de que la asustada camarera pudiese pronunciar una sola palabra, ya la alcoba habia sido invadida por los soldados del Virey.

—Prended al ascino, exclamó un hombre que parecia ser el gefe de aquella tropa, señalando con una mano al Caballero.

Margarita se habia sentado en su cama y estrechando al pintor en sus brazos, con fuerza sobrehumana, fijaba en él sus ojos asombrados como para pedirle la esplicacion de aquel enigma.

—¡Ay! murmuró el pintor con voz apagada. Una fatalidad estraña me persigue sin compasion. Dos mugeres hay en la tierra á quienes adoro. De la una es toda mi gratitud y toda mi abnegacion. De la otra todo mi amor. Pues bien, Margarita, ayer me presentaba yo delante de una de esas mugeres manchado con la sangre del hombre que la habia injuriado, y hoy me presentó delante de la otra manchado con la sangre del hombre que me impedia llegar hasta ella.

—Yo te salvaré, exclamó Margarita con entusiasmo, miéntras que los soldados se llevaban al preso.

Y ántes de que fuese de día ya estaba de pié, vestida de negro, corriendo por las calles de la ciudad, echándose á los pies de los jueces y poniendo en movimiento á los miembros mas influyentes de la nobleza napolitana. El peligro de Mattia le habia devuelto la fuerza y la salud. Sin embargo, los jueces movian la cabeza en señal de desconfianza, y los cortesanos no se atrevian á responder del éxito á la hermosa viuda; porque era demasiado grave el asunto. El Caballero Calabres no solamente habia infringido el cordon sanitario durante aquella noche, delito que tenia marcada la pena de muerte, sino que, al mismo tiempo, habia hecho resistencia á la fuerza pública y dado muerte á un soldado que estaba de centinela. Por otra parte, la severidad del Virey habia llegado á ser proverbial, y al terminar una época de desórdenes era necesario, mas que nunca, hacer que fuese respetada la disciplina. En medio de la desconfianza general, Margarita era la única que no desmayaba. Habia conseguido poner de su parte á tres de los principales consejeros, de quienes dependia la vida de su amante, esto es, el Principe de Avellino, tio de su marido, el Regente de San Felice y el Marques Galcota; esperaba ademas, que la autoridad y elocuencia de estos Magistrados consiguiese inclinarse á los demas. Al cabo de un mes de empeños, de súplicas y de lágrimas, llegó un día en que el Caballero Calabres debia comparecer ante la Justicia.

Desde por la mañana las inmediaciones de la Vicaría estaban guardadas por una doble fila de soldados catalanes á quienes costaba bastante trabajo contener al pueblo, que se agolpaba para presenciar un espectáculo nada comun en aquella época: porque desde la última epidemia, en que Dios habia condenado á tantos seres humanos, era la primera vez que se juntaban los hombres para juzgar á uno de sus semejantes. *El Gran Consejo Colateral* se habia reunido, como de costumbre, en el antiguo Castillo de los Monarcas Napolitanos, el que, despues de haber servido de morada á las Reales Casas de Suabia, D'Anjou, de Duras, y de Aragon, habia concluido por ceder sus salas al público, sus sillones á los magistrados y su trono á la Justicia.

Mattia, que no habia consentido que ningún abogado se encargase de su defensa, refirió los hechos con tanta sencillez y serenidad, y su-

podisimular con tanta destreza la causa que le traía á Nápoles, tras de tan prolongada ausencia, que se oyó en toda la sala un murmullo de aprobacion al concluirse su discurso. Retiróse el Consejo para deliberar acerca de la acusacion del acusado, y la discusion fué larga y animada. Ponderó el Príncipe de Avellino la nobleza y elevacion de la conducta del pintor, quien, para no mezclar en los debates el nombre de una Señora respetable, había renunciado á la única excusa que hubiera podido atenuar su crimen; pero la mayoría, atrincherándose con la ley, se mostraba inflexible. Mientras que San Felice y Galeota procuraban á su vez, mover el ánimo de los magistrados, se aproximó el Príncipe de Avellino á una ventana de la habitacion donde se discutía la suerte del Calabres, é hizo una señal imperceptible á un hombre montado á caballo, que estaba hacia el otro extremo de la plaza. Partió el mensajero á galope y el Príncipe volvió á ocupar su canapé, sin que este incidente fuese observado por ninguno de los miembros del Ilustre Consejo. Al cabo de tres horas volvieron á entrar lentamente los magistrados en la gran sala del palacio, y el presidente leyó esta sentencia en medio del mas profundo silencio.

El Supremo Consejo Colateral condena á Mattia Pretti de Taverna á la pena de muerte, y ordena que sean confiscados sus bienes.

Escuchó el pintor su sentencia con aire de suasion y de serenidad, sin dar señal alguna de estar conmovido. Solo dirigió sus miradas al auditorio y murmuró en voz baja: "Gracias, Dios mio, no está presente."

Pero en el mismo instante vió que la multitud abría paso á una muger vestida de negro de pies á cabeza, y oyó mil voces que gritaban á la vez: paso, paso. El presidente San Felice tomó el papel que le entregó Margarita, y abriéndolo solemnemente ordenó á los porteros que hicieran cesar el ruido que se oía en la sala.

Los porteros gritaron: ¡silencio!

Entónces leyó con voz sonora.

—*Excellens in arte non debet mori.* D. García de Avellano, Conde de Castrillo, Virey de Nápoles, perdona la vida á Mattia Pretti y le condena á pintar á sus espensas un cuadro en honor de San Cayetano, para cada una de las puertas de Nápoles.

—Viva el Virey! gritó la multitud con estrépito.

Arrojóse Mattia en los brazos de Margarita y la estrechó largo tiempo contra su corazon; pero despues, asustándole su silencio y su palidez, abrió los brazos y lanzó un grito de desesperacion. Había muerto. La pobre muger había triunfado del dolor; mas no pudo resistir á la alegría.

Los últimos años del Caballero Calabres estuvieron dedicados al luto y á la penitencia. No trabajó mas que para los pobres é hizo construir á su costa una iglesia, donde rogaba diariamente por el alma de la muger á quien tanto había amado.

FIN.

## REVISTA TEATRAL.

CADA CUAL CON SU RAZON: *comedia original de D. José Zorrilla.*

Es la suerte de toda obra dramática haber de pasar por un doble crisol, por un doble juicio: el del público y el de los criticos; el del teatro y el del gabinete. Cual de los dos esté ménos sujeto á error es cuestion larga, puesto que suelen no estar muy de acuerdo; bastante decir que ámbos son muy fallibles. En cuanto á la comedia del Sr. Zorrilla fué aplaudida sin entusiasmo en el teatro de Cádiz. ¿Qué diremos nosotros, severos y oscuros criticos de provincia?

El Sr. Zorrilla es un poeta lirico de mérito reconocido, y cuando escribió su comedia, solo se podia poner en duda si reunia dos talentos que rara vez andan juntos: el de los émulos de Pindaro, y el de los rivales de Calderon: el de poeta lirico, y el de autor dramático.

La comedia del Sr. Zorrilla no tiene esposicion; y esto no lo tenemos por defecto: la accion comienza con una escena de misterios que lo son al mismo tiempo para uno de los personajes y para el público. Doña Elvira de Cisneros va á recibir en su jardin á un galan que an-

da en pretensiones de su amor. Su amante favorecido D. Pedro y no mas (porque este D. Pedro ignoraba su apellido) zeloso como todos los amantes, impetuoso y altivo á causa de la sangre que corría por sus venas, como mas adelante se descubre, quiere saber el nombre del galán y los motivos que obligan á Doña Elvira á recibirle: pretension nada estraña ni excesiva por cierto.

Mas ved que es duro castigo  
Para un amante, Señora,  
Ser por secretos que ignora  
De agenas dichas testigo.

Insiste ademas D. Pedro en su empeño de saber el secreto ofreciéndole ayudarla si fuere preciso.

*Don Pedro.*

Oh! tanto dudar me ofende!

¿No puedo ayudaros yo  
en ese secreto?

*Doña Elvira.*

No,  
que si se aclara se vende.

*Don Pedro.*

Señora.

*Doña Elvira.*

Que desconfío

de vos nunca imaginéis;  
quien le venda no seréis,  
seré yo, porque no es mio.

Desiste al cabo de su empeño el amante y procura conseguir de la dueña, lo que no habia podido lograr de su dama, esto es, que le proporcione medios de averiguar el misterio permitiéndole permanecer oculto en el jardin, y en sitio desde donde pudiera presenciar la entrevista. Acompaña su ruego con promesas y con amenazas, y la dueña, blanda de corazon como todas las de su ralea que hemos visto en comedias, cede á sus instancias y refiere en seguida á su Señora como aquella mañana habia dado cita para el jardin al misterioso galán. Llega este á poco, y comienza entre los dos una plática de galanteos, de las que siempre agradan en el teatro cuando el poeta tiene tanto ingenio como el Sr. Zorrilla. Deja caer un guante Elvira;

el enamorado D. Juan Benavente, que así habia dicho llamarse aun cuando tenia ella excelentes razones para dudarlo, lo recoge como recogen semejantes prendas los galanes entendidos, esto es, como un estímulo de su galanteria, la besa la mano, y solicita quedarse con tan preciosa memoria; ella pone en juego toda la estrategia de la coqueteria, las frases de dulce sentido, las promesas equivocas, las ofertas bajo de condicion: él se entrega á todo el ardor de sus deseos, tan poco comedidos como es facil presumir, prodiga los elogios, los requiebros, las fanfarronadas, los obsequios y pide el favor de repetir la visita, en lo que consiente Elvira, con tal de que sea para poner la firma en un papel, cuyo contenido ha de ignorar, sin tener mas noticia sino que es importante el contenido que encierra, y de que ha de ser á la luz del Sol.

Para firmar el papel  
cuando gustáreis venid,  
mas no cual galán infiel  
que teme que den tras él  
las habillitas de Madrid.

Y mientras tanto que pasa esta conversacion, interrumpida por un ruido que se oye á la puerta del jardin, ei desesperado D. Pedro, escondido tras de la reja, se asombra de la inconstancia de su dama.

Nunca creyera, Dios mio,  
tan torpe infidelidad.

Las siguientes son escenas de Calderon no menos que por lo embrollado de la situacion, por lo ingenioso de los conceptos y de los diálogos. El que acaba de entrar en el jardin, que es el Marques padre de Elvira; quiere salir al tropezar con el supuesto Benavente; mas le cierra D. Pedro la salida y en medio de la oscuridad de la noche, comienza entre los tres un coloquio de la clase que es de presumir. La precavida Elvira que se habia retirado vuelve al jardin con criados que traen luces y se queja del escándalo, cuya causa aparenta no haber comprendido. Urde el galán encu-

bierto el enredo de que estaban riñendo á la puerta en ocasion de pasar una ronda que los habia forzado á entrar, con lo que Elvira, viendo explicado el tumulto sin mengua de su honra, los despide, y la reuerta continúa del lado de afuera de la puerta, hasta que, acertando á pasar un Alcalde de Corte les pide las espadas, conoce por la del fingido Benavente que el que la lleva es el Rey, y al oír este nombre todos se arrodillan ménos D. Pedro á quien le pesa del contratiempo que le hace reconocer en su adversario al monarca de Castilla, y el Marques que se emboza y se retira con sentimiento de este último.

Al principiarse el acto segundo entra en la antesala de Doña Elvira su padre el Marques, con quien ya hemos hecho conocimiento en el acto anterior, y de cuyas palabras se deduce que ha estado preso seis años y que se ha escapado de la prision: con lo que se explica el sigilo con que entraba la noche ántes en su propia casa, y el cuidado que tenia de que el Rey no le conociese. Viene ahora oculto con el intento de informarse de la virtud ó la deshonra de su hija; averigua de la dueña las causas que le han hecho tropezar con tantos galanes, y consigue por fin, que ademas de referirle lo que deseaba, le oculte la dueña en un balcón, desde donde pueda presenciar, sin que nadie lo supiese, la entrevista que habian de tener el Rey y Doña Elvira. Vuelve á ceder la dueña en esta ocasion á los ruegos, y á las instancias, y á ciertos argumentos de *lógica de Albacete*, como ha dicho otro escritor dramático moderno.

Obsérvese que la situacion es la misma del primer acto, hasta el final de la escena entre Doña Elvira y el Rey; la misma intervencion de la dueña, que vuelve á obrar por los mismos motivos; la misma conversacion entre D. Pedro y Elvira; idénticos misterios; los mismos deseos é

iguales instancias por conocer el secreto; las excusas de ántes, sin tilde de mas ni de ménos; los mismos testigos ocultos; con la única diferencia de que esta vez Doña Elvira ha consentido en que se quedase escondido D. Pedro, y de que es al Marques á quien ha tapado la dueña; los mismos interlocutores que en la interesante escena del primer acto; el Rey y Doña Elvira: su coloquio empieza por donde mismo concluyó en el acto anterior, en el cual pudiera haber sucedido todo lo que en este acontece, á no ser por el deseo del autor de hacer dos jornadas. La accion no ha caminado; sino que ha estado interrumpida, á no ser que se entienda que ha caminado con solo la vuelta de D. Juan de Cisneros.

Comienza pues el coloquio, por no hablar de las galanterías de costumbre, con la pretension de Doña Elvira de que firme su amante el papel en prueba de su rendimiento.

*Doña Elvira.*

Fué condicion prometida  
no volver sino á firmar.

*Rey.*

Mas sin ver que queréis vos  
que firme, no firmaré.

Condesciende el Rey al cabo en firmar discurrendo que es como si nada hiciese, supuesto que no lo hacía sino con un nombre fingido. Mas faltaba pluma y Doña Elvira le exigía que sellase el papel con el blason que llevaba en el anillo del dedo.

Sella al cabo el papel Felipe IV, que debia de ser un Rey muy enamorado y muy poco cuidadoso de lo mucho que puede é importa un sello Real, y que movido por una pasion no se paraba en los empeños que podia contraer sin saberlo, y contra su voluntad é interes. Pero no eran estas obligaciones, por grandes que fuesen, las mas penosas, sino las que debian de resultar para Elvira del pacto, de las cuales no pudimos enterarnos bien, pero que no debrian de ser cortas, ni muy fáciles de sa-

tisfacer, ni de avenir con su honra. A punto estábamos ya de averiguar todo esto y ya Elvira empezaba á experimentar la parte dura y gravosa de sus ardidés. El Rey despues de haber concedido empezaba á exigir.

*Rey.*

Dame que esa herinosa mano acaricie, hermosa Rita.

*Doña Elvira.*

No será. (¡Dios soberano!)

*Rey (á Elvira.)*

¡Qué, tu palabra me niegas?

¿Ser mia no prometiste?

*Doña Elvira.*

Noble soy (con orgullo.)

*Rey.*

Mal voto alegas.

En efecto mala excusa nos parece la nobleza para no cumplir lo ofrecido: mejor estuviera no prometer: y no acertamos á adivinar como hubiese salido del apuro la dama, á no ser porque en aquel momento se descubrieron recíprocamente D. Pedro y el Marques, reproduciéndose la situacion del acto primero. Por lo ménos esta vez la accion camina hácia su fin.

El Rey se queja de que, sin tenerle el respeto que debieran y sin recordar,

Que alhuyenta de salvages alimañas

Del sobervio leon el ronco ahullido,  
le interrumpen siempre en sus amorfos aquellos dos importunos caballeros.

D. Pedro amigo de herir por los mismos filos, responde á una metáfora con otra. Es verdad que nació vasallo.

Mas tambien á su dueño se somete

el orgulloso y lidiador caballo

y tira sin embargo á su guinete.

Esto podrá ser muy poético; cosa que ponemos en duda; pero de cierto no es nada convincente. Las razones que alega en seguida D. Pedro, escuchándole el Rey sentado y cubierto, son algo mas poderosas. D. Pedro ignora de quien nació y cual es su apellido; pero aun cuando sea plebeyo "se siente con aliento soberano." Ni tiene familia, ni parientes, ni sabe quien le dirige el dinero y los consejos que suele recibir; hace seis años que llegó de Flandes á aquella casa; su única ilusion y su única fortuna es Elvira: si le privan de su única ventura anuncia, volviendo á las metáforas favoritas del autor, que

Tigre será que por la selva avanza  
Vengador de sus hijos carnicero.  
Habla al Marques en seguida y espone su mala fortuna en bellisimos versos y con sentidas quejas que nos falta hueco para copiar.

Suspendemos hasta el próximo número, por falta de lugar en nuestras columnas, el análisis y juicio de esta comedia.

---

## BOLETIN.

---

Sabemos que á consecuencia de un oficio del Exmo. Sr. Comandante general del Departamento, pidió informes y noticias el Sr. Capitan de este Puerto al del de Santa Maria sobre la reciente variacion que ha tenido el curso del rio Guadalete en su desembocadura. Segun el informe de este último, esta favorable y reciente variacion ha provenido de varias causas. La primera de ellas ha sido lo crecido de las avenidas de este año: la segunda, el accidente sobrevenido al puente, cuyas barcas arrastradas por la fuerza de las aguas vinieron á barar, sino estamos engañados, hácia la punta del Este de la boca del rio. De este modo la corriente conservó toda su fuerza y direccion y el sitio donde fueron á barar las barcas fué nueva causa para que se abriese el nuevo canal.

El medio que ha propuesto el Sr. Capitan del Puerto del de Santa Maria para conservar en su direccion actual el canal, es el de hacer barar dos ó tres pontones en el mismo sitio donde bararon las barcas. Parece que ocurre alguna dificultad en cuanto al costo de estos pontones, de los cuales podrá valer cada uno sobre dos mil reales. Volvemos á decir que es asunto de interes estremado.

---

### ERRATAS.

En la página 274, columna segunda, línea 20, donde dice *fallarla*, léase *fallar*.

En la página 278, columna primera, línea 34, donde dice *pureza*, léase *dureza*.

En la página 288, columna primera, línea 34, donde dice *opulencia*, léase *influencia*.

---